Introducción

El budismo es una de las grandes tradiciones religiosas y espirituales del mundo. Lo practican y suscriben centenares de millones de personas en muchos países, sobre todo asiáticos, pero también en Europa o en las Américas, donde lleva décadas logrando una gran penetración. Es una tradición (o un cúmulo de ellas) con 2.500 años de historia y con una extraordinaria riqueza filosófica, literaria, artística, yóguica, ritual, mitológica…, en definitiva, cultural.

Tratar de resumir en pocas páginas su legendaria variedad es osado. Pensemos que, hasta hace relativamente poco, muchas corrientes budistas asiáticas desconocían la existencia de otras tradiciones hermanas. Razones no faltaban. Cómo es posible que se proclamen "budistas" –y sean aceptados como tales–, por ejemplo, un urbanita japonés que pertenece a una secta de reciente creación que no reconoce casi nada de las líneas del budismo antiguo; o un monje cingalés, que declara mantener vivas las directrices ascéticas fijadas por los seguidores inmediatos del Buda, hace más de dos mil años; o un *dalit* (exintocable) de la India, que encuentra en el budismo un camino de liberación de la opresión social y política; o una joven europea, para quien el budismo se ciñe a unas técnicas seculares de autoconocimiento basadas en la meditación.

Lo cierto es que delimitar lo que *es* budista –o lo que es *menos* budista– es un ejercicio ideológico y político que implica excluir,

jerarquizar, devaluar, idealizar o reificar. Pero todos sabemos que las fronteras religiosas o culturales son ambiguas, porosas e inestables; sobre todo si nos alejamos del tiempo presente. Fíjense que hasta hace apenas dos siglos no existía un término –en sánscrito, pali, chino, tailandés o tibetano– que cobijara a todas esas expresiones rituales, filosóficas o meditativas que hoy llamamos –y, en retrospectiva, proyectamos en el pasado como– "budismo".

Lo que hoy una mayoría entiende por "budismo" es un híbrido de tradiciones asiáticas de gran solera en interacción con las corrientes globalizadas de la modernidad. La concepción unitaria del budismo, como de la mayoría de los *ismos* religiosos, es hija de la modernidad; heredera de diálogos y maneras de entender el mundo gestadas en los dos últimos siglos. Pero es una concepción ya naturalizada e integrada por los budistas de todo el mundo, así como por los no budistas. Y una noción que se ancla en ciertos nexos de unión y en un centro de gravedad más o menos compartido. De forma que, con la cautela pertinente, asumiremos el reto de compendiar en unas pocas páginas los hilos conductores que podrían suturar la pluralidad de budismos. Este es el reto que debe afrontar un texto de cariz didáctico como el presente.

No se trata de desvelar el "verdadero" núcleo del budismo o descifrar lo que el Buda realmente enseñó hace veintitantos siglos (propósitos legítimos, pero me temo que inalcanzables), sino de algo más prosaico: introducirnos en el mundo del budismo. No en vano el embrión de este libro se gestó –a colación de mi interés personal en sus diversas modalidades– en las clases de "Introducción al budismo" que imparto en algunas maestrías universitarias. Quede dicho de antemano, sin embargo, que no me jacto de haber alcanzado niveles avanzados en la senda budista; mas estimo que puedo aportar una visión panorámica y generalista que concite el interés de un amplio espectro de lectores. Una visión precisamente

no apologética, pero sí con la necesaria dosis de empatía. Así que para sintetizar he escogido una tríada –quizá no muy original, pero sí– muy querida por todas las tradiciones budistas: las "tres joyas" (sánscrito: *tri-ratna*). A saber:

1) el Buda (o figura del Despierto), que compondrá la Parte I,
2) el Dharma (o enseñanza), que integrará la Parte II, y
3) el Samgha (o comunidad), que ocupará la Parte III.

Existe en el budismo una profesión de fe –más que un bautismo– que consiste en tomar tres veces "refugio" en estas "tres joyas", raras y preciosas, capaces de liberarnos de la ignorancia y –como la noción de "refugio" implica– de protegernos del dolor y las adversidades. Aunque no todas las corrientes budistas interpretan las "tres joyas" de igual forma, constituyen un claro nexo de unión para todas. Si me apuran, la primera joya representa el referente primordial de eso que –precisamente en su honor– el mundo moderno convino en llamar "budismo". Todos los budistas del mundo comparten el mismo maestro y emblema: el Buda [véase Fig. 1].

Aunque no sabemos en qué lengua habló el Buda (posiblemente un prácrito próximo al magadhi, una antigua lengua indoaria del norte de la India), en aras de la claridad utilizaremos la terminología sánscrita, que durante siglos fue la lengua culta panindia por antonomasia. Si bien en el budismo está asociada principalmente a una de sus corrientes (el Mahayana), tiene la ventaja de estar muy próxima a otra importante lengua litúrgica budista (el pali) y de acercarnos a otras tradiciones índicas, como el hinduismo y el jainismo, que también se expresaron en sánscrito.* Como especialista

* En el Glosario se incluyen equivalencias entre el sánscrito, el pali, el chino, el tibetano y otras lenguas en las que se ha comunicado el budismo.

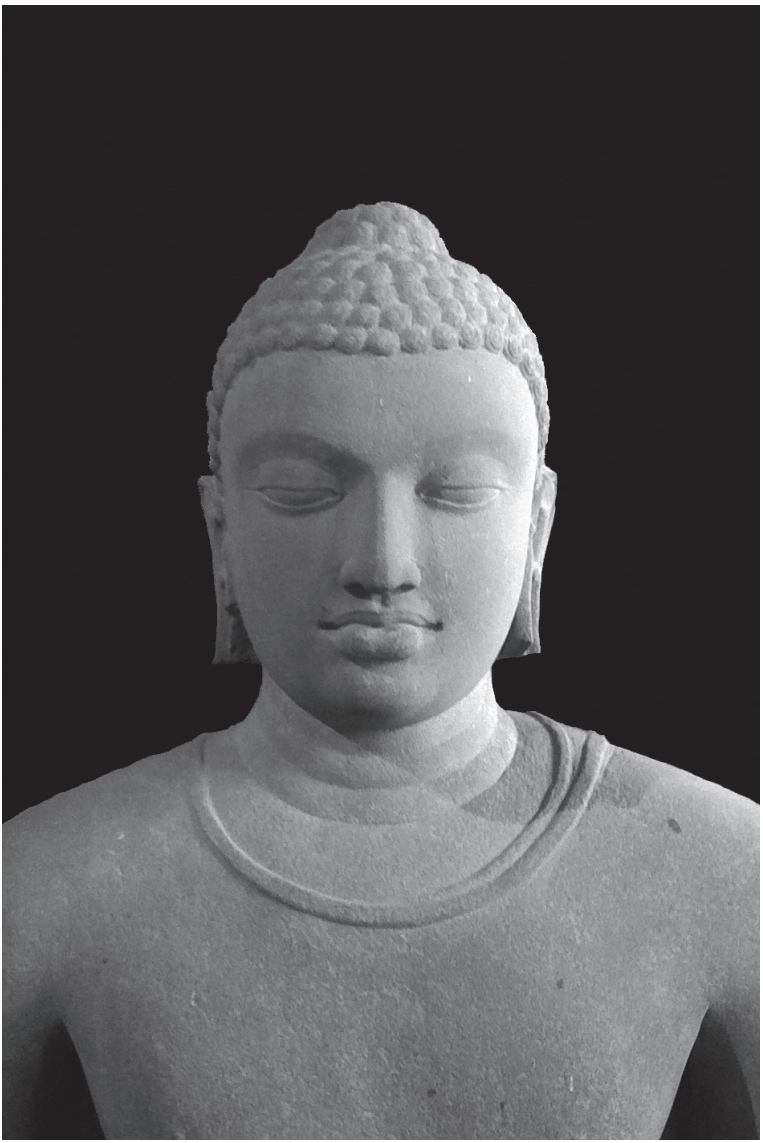


Figura 1: Imagen del Buda Shakyamuni en el refinado estilo gupta. Sarnath (Uttar Pradesh), India. Dinastía Gupta, siglo v. Londres, Reino Unido: Museo Británico. (Foto: Agustín Pániker).

en India, es también mi intención resaltar el contexto índico en el que el budismo se originó y donde realizó sus primeros progresos (tratando de no caer, por ello, en el extendido sesgo "clasicista" que entiende que el budismo indio antiguo es más "genuino" que el de otros ámbitos y épocas). Del sánscrito asimismo se realizaron la mayoría de las traducciones de *sutras* al chino o al tibetano. Y la terminología budista en muchas lenguas asiáticas posee una indefectible huella del sánscrito. Pero recordemos que en su larga historia y expansión los budistas han empleado infinidad de lenguas: japonés, tocario, inglés, bengalí, tailandés, gandhari, español, mongol y un largo etcétera. El budismo es una religión "políglota". El sánscrito no posee para los budistas la aureola sagrada que tiene para los hindúes (o el árabe para los musulmanes). Y es que en el corazón de esta religión hallamos una *historia*, la del Buda, y una historia puede narrarse en cualquier lengua.

El estudio del fenómeno religioso ha mostrado que si a una tradición espiritual se le otorga el tiempo y el espacio suficientes asumirá en su seno casi todas las posiciones rituales e intelectuales admisibles ante las cuestiones religiosas fundamentales (cualquiera que haya sido su orientación inicial). El budismo es un claro ejemplo, ya que desde hace muchos siglos podemos encontrar la mayoría de formas de vida religiosa y casi todos los posicionamientos filosóficos posibles (incluso incompatibles entre sí). Puesto que no es monolítico, será entonces necesario matizar, desdoblar o cualificar algunas de las inevitables generalizaciones y hacernos eco de las posiciones y sensibilidades a veces divergentes entre sus tres o cuatro grandes corrientes contemporáneas: el Theravada (o budismo del sur), el Mahayana (o budismo del este), el Vajrayana (o budismo del norte) y el budismo moderno (o global). Con todo, procuraré no abusar de estos recursos. Mi prioridad es mantener el tono didáctico y centrarme en un núcleo razonablemente com-

partido. Los expertos sabrán excusar el uso de muletillas generalizadoras. (La segunda mitad del libro servirá para ilustrar las transformaciones del budismo en cada ámbito geográfico.)

Esta actitud, llamémosla "ecuménica" (este "camino medio", cabría decir), es pertinente al tratarse de un texto divulgativo. Concuerda, por otra parte, con mi posición inclusivista y suprasectaria (no soy seguidor de ninguna de las grandes corrientes mentadas), característica del budismo moderno. Y es coherente con un enfoque multidisciplinar, que es histórico, religioso, filosófico y antropológico a la vez. Estimo que es la mejor forma de hacer justicia a la amplitud y riqueza de las "tres joyas".

☸ ☸ ☸

Varias personas han tenido la gentileza de leer este texto, aportar ideas, detectar errores u omisiones; en otras palabras, han contribuido a enriquecerlo. Mi mayor gratitud a: José Alias, Florence Carreté y Amelia Padilla.

Asimismo, esta obra no podría haber visto la luz sin las enseñanzas de determinados maestros o la lectura de estudiosos y budólogos que han ensanchado mi ángulo de visión y apreciación del budismo. La bibliografía da cuenta de mi deuda para con todos ellos. Tratándose de un texto divulgativo, puede haber cierta intertextualidad. Las notas bibliográficas solo se ciñen a las principales fuentes escriturales utilizadas.